

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com)

Ricardo Piglia

# El camino de Ida



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Diseño de la colección:* Julio Vivas y Estudio A  
*Ilustración:* foto © Martin Parr / Magnum Photos / Contacto

*Primera edición: septiembre 2013*

© Ricardo Piglia, 2013  
c/o Guillermo Schavelzon & Asoc., Agencia Literaria  
info@schavelzon.com

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2013  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-9764-7  
Depósito Legal: B. 15187-2013

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo  
08791 Sant Llorenç d'Hortons

A Germán García  
*por la vuelta*

Es infinita esta riqueza abandonada.  
EDGAR BAYLEY

# I. El accidente

## CAPÍTULO UNO

### 1

En aquel tiempo vivía varias vidas, me movía en secuencias autónomas: la serie de los amigos, del amor, del alcohol, de la política, de los perros, de los bares, de las caminatas nocturnas. Escribía guiones que no se filmaban, traducía múltiples novelas policiales que parecían ser siempre la misma, redactaba áridos libros de filosofía (¡o de psicoanálisis!) que firmaban otros. Estaba perdido, desconectado, hasta que por fin –por azar, de golpe, inesperadamente– terminé enseñando en los Estados Unidos, involucrado en un acontecimiento del que quiero dejar un testimonio.

Recibí la propuesta de pasar un semestre como *visiting professor* en la elitista y exclusiva Taylor University; les había fallado un candidato y pensaron en mí porque ya me conocían, me escribieron, avanzamos, fijamos fecha, pero empecé a dar vueltas, a pos-tergar: no quería estar seis meses enterrado en un páramo. Un día, a mediados de diciembre, recibí un

correo de Ida Brown escrito con la sintaxis de los antiguos telegramas urgentes: *Todo dispuesto. Envíe Sylabus. Esperamos su llegada.* Hacía mucho calor esa noche, así que me di una ducha, busqué una cerveza en la heladera y me senté en el sillón de lona frente a la ventana: afuera la ciudad era una masa opaca de luces lejanas y sonidos discordantes.

Estaba separado de mi segunda mujer y vivía solo en un departamento por Almagro que me había prestado un amigo; hacía tanto que no publicaba que una tarde, a la salida de un cine, una rubia, a la que yo había abordado con cualquier pretexto, se sorprendió cuando supo quién era porque pensaba que estaba muerto. («Oh, me dijeron que te habías muerto en Barcelona.»)

Me defendía trabajando en un libro sobre los años de W. H. Hudson en la Argentina, pero el asunto no prosperaba; estaba cansado, la inercia no me dejaba mover y estuve un par de semanas sin hacer nada, hasta que una mañana Ida me localizó por teléfono. ¿Dónde me había metido que nadie podía encontrarme? Faltaba un mes para el inicio de las clases, tenía que viajar ya mismo. Todos me estaban esperando, exageró.

Le devolví las llaves del departamento a mi amigo, puse mis cosas en un guardamuebles y me fui. Pasé una semana en Nueva York y a mediados de enero me trasladé en un tren de la New Jersey Transit al tranquilo pueblo suburbano donde funcionaba la universidad. Por supuesto Ida no estaba en la estación cuando llegué, pero mandó a dos estudiantes a esperar-

me en el andén con un cartel con mi nombre mal escrito en letras rojas.

Había nevado y la playa de estacionamiento era un desierto blanco con los coches hundidos en la bruma helada. Subí al auto y avanzamos a paso de hombre en medio de la tarde, alumbrados por el brillo amarillo de las luces altas. Por fin llegamos a la casa en Markham Road, no muy lejos del campus, que el Housing le había alquilado para mí a un profesor de filosofía que pasaba su año sabático en Alemania. Los estudiantes eran Mike y John III (los volvería a encontrar en mis clases), muy activos y muy silenciosos me ayudaron a bajar las valijas, me dieron algunas indicaciones prácticas, alzaron la puerta del garage para mostrarme el Toyota del profesor Hubert que venía incluido en el alquiler; me mostraron cómo funcionaba la calefacción y me anotaron un número de teléfono por si me empezaba a congelar («en caso de apuro, llame a Public Safety»).

El pueblo era espléndido y parecía fuera del mundo a sesenta kilómetros de Nueva York. Residencias con amplios jardines abiertos, ventanales de cristal, calles arboladas, plena calma. Era como estar en una clínica psiquiátrica de lujo, justo lo que yo necesitaba en ese tiempo. No había rejas, ni garitas de seguridad, ni murallas en ningún lugar. Las fortificaciones eran de otra índole. La vida peligrosa parecía estar fuera de ahí, del otro lado de los bosques y los lagos, en Trenton, en New Brunswick, en las casas quemadas y los barrios bajos de New Jersey.

La primera noche me quedé levantado hasta tarde, investigando los cuartos, observando desde las ventanas el paisaje lunar de los jardines cercanos. La casa era muy cómoda pero la extraña sensación de extravío se repetía por el hecho de estar viviendo otra vez en el lugar de otro. Los cuadros en las paredes, los adornos en la repisa de la chimenea, la ropa enfundada en cuidadosas bolsas de nailon me hacían sentir un *voyeur* más que un intruso. En el estudio del piso de arriba las paredes estaban cubiertas de libros de filosofía, y al recorrer la biblioteca pensé que los volúmenes estaban hechos de la materia densa que siempre me ha permitido aislarme del presente y escapar de la realidad.

En los muebles de la cocina encontré salsas mexicanas, especias exóticas, frascos con hongos secos y tomates desecados, latas de aceite y tarros de mermelada, como si la casa estuviera preparada para un largo asedio. Comida enlatada y libros de filosofía, ¿qué otra cosa se podía desear? Me preparé una sopa Campbell de tomate, abrí una lata de sardinas, tosté pan congelado y destapé una botella de Chenin blanco. Después me preparé un café y me acomodé en un sofá en la sala a mirar televisión. Siempre hago eso cuando llego a otro lugar. La televisión es igual en todos lados, el único principio de realidad que persiste más allá de los cambios. En el canal de ESPN los Lakers vencían a los Celtics, en las *News* Bill Clinton sonreía con su aire campechano, un auto se hundía en el mar en un aviso de Honda, en la HBO estaban dando *Possessed* de Curtis Bernhardt, una de mis pelí-

culas favoritas. Joan Crawford aparecía en medio de la noche en un barrio de Los Ángeles, sin saber quién era, sin recordar nada de su pasado, moviéndose por las calles extrañamente iluminadas como si estuviera en una pecera vacía.

Creo que me adormecí porque me despertó el teléfono. Era cerca de medianoche. Alguien que conocía mi nombre y me llamaba profesor con demasiada insistencia, se ofreció a venderme cocaína. Todo era tan insólito que seguro era cierto. Me sorprendí y corté la comunicación. Podía ser un chistoso, un imbécil o un agente de la DEA que estaba controlando la vida privada de los académicos de la Ivy League. ¿Cómo conocía mi apellido?

Me puso bastante nervioso esa llamada, la verdad. Suelo tener leves ataques de inquietud. No más que cualquier tipo normal. Imaginé que alguien me estaba vigilando desde afuera y apagué las luces. El jardín y la calle estaban en sombra, las hojas de los árboles se agitaban con el viento; al costado, del otro lado de la cerca de madera, se veía la casa iluminada de mi vecino y en la sala una mujer pequeña, en jogging, hacía ejercicios de taichi, lentos y armoniosos, como si flotara en la noche.

## 2

Al día siguiente fui a la universidad, conocí a las secretarias y a algunos colegas pero no comenté con nadie la extraña llamada de la noche. Me saqué fotos,

firmé papeles, me dieron la tarjeta con el ID que me permitiría acceder a la biblioteca y me instalé en una soleada oficina del tercer piso del Departamento que daba a los senderos de piedra y a los edificios góticos del campus. Estaba empezando el semestre, los estudiantes llegaban con sus mochilas y sus valijas con rueditas. Había un bullicio alegre en medio de la blancura helada de los amplios caminos iluminados por el sol de enero.

Encontré a Ida Brown en el *lounge* de los profesores y fuimos a comer al Ferry House. Nos habíamos visto cuando estuve aquí hacía tres años, pero mientras yo me hundía ella había mejorado. Tenía un aspecto distinguido con su elegante *blazer* de pana, su boca pintada de rojo carmesí, su cuerpo esbelto y su aire mordaz y maligno. («Bienvenido al cementerio donde vienen a morir los escritores.»)

Ida era una estrella del mundo académico, su tesis sobre Dickens había paralizado los estudios sobre el autor de *Oliver Twist* por veinte años. Su sueldo era un secreto de Estado, decían que se lo aumentaban cada seis meses y que la única condición era que debía recibir cien dólares más que el varón (ella no los llamaba así) mejor pagado de su profesión. Vivía sola, nunca se había casado, no quería tener hijos, estaba siempre rodeada de estudiantes, a cualquier hora de la noche era posible ver la luz de su oficina encendida e imaginar el suave rumor de su computadora, donde elaboraba tesis explosivas sobre política y cultura. También era posible imaginar su risita divertida al pensar en el escándalo que sus hipótesis iban a cau-

sar entre los colegas. Decían que era una esnob, que cambiaba de teoría cada cinco años y que cada uno de sus libros era distinto al anterior porque reflejaba la moda de la temporada, pero todos envidiaban su inteligencia y su eficacia.

No bien nos sentamos a comer, me puso al tanto de la situación en el Departamento de Modern Culture and Film Studies que ella había ayudado a crear. Incluyó los estudios de cine porque los estudiantes, dijo, pueden no leer novelas, no ir a la ópera, puede no gustarles el rock o el arte conceptual, pero *siempre* verán películas.

Era frontal, directa, sabía pelear y pensar. («Esos dos verbos van juntos.») Estaba empeñada en una guerra sin cuartel contra las células derridianas que controlaban los departamentos de Literatura en el Este y, sobre todo, contra el comité central de la deconstrucción en Yale. No los criticaba desde las posiciones de los defensores del canon como Harold Bloom o George Steiner («los estetas kitsch de las revistas de la clase media ilustrada»), sino que los atacaba por la izquierda, desde la gran tradición de los historiadores marxistas. («Pero decir historiador marxista es un pleonismo, como decir cine norteamericano.»)

Trabajaba para la élite y contra ella, odiaba a quienes formaban su círculo profesional, no tenía un público amplio, sólo la leían los especialistas, pero actuaba sobre la minoría que reproduce las hipótesis extremas, las transforma, las populariza, las convierte —años después— en información de los medios de masas.

Había leído mis libros, conocía mis proyectos. Quería que diera un seminario sobre Hudson. «Necesito tu perspectiva», dijo con una sonrisa cansada, como si esa perspectiva no tuviera demasiada importancia. Ella estaba trabajando sobre las relaciones de Conrad con Hudson, me dijo, anticipando que ése era su terreno y que no me convenía entrar ahí. (No cree en la propiedad privada, decían de ella, salvo en lo referido a *su* campo de estudio.)

Edward Gardner, el editor que había descubierto a Conrad, también había publicado los libros de Hudson. De ese modo los dos escritores se habían conocido y se habían hecho amigos; eran los mejores prosistas ingleses de finales del siglo XIX y los dos habían nacido en países exóticos y lejanos. Ida estaba interesada en la tradición de los que se oponían al capitalismo desde una posición arcaica y preindustrial. Los populistas rusos, la *beat generation*, los hippies y ahora los ecologistas habían retomado el mito de la vida natural y la comuna campesina. Hudson, según Ida, le había agregado a esa utopía medio adolescente su interés por los animales. Está lleno de tumbas de gatos y perros en los cementerios de los barrios lujosos del suburbio, dijo, mientras los *homeless* se mueren de frío en las calles. Para ella, lo único que había sobrevivido de la lucha literaria contra los efectos del capitalismo industrial eran los relatos para chicos de Tolkien. Pero, bien, en definitiva, ¿qué pensaba hacer yo en mis clases? Le expliqué el plan del seminario y la conversación siguió ese curso sin mayores sobresaltos. Era tan bella y tan inteligente que parecía un

poco artificial, como si se esforzara en atenuar su encanto o lo considerara un defecto.

Terminamos de comer y salimos por Wither-  
spoon hacia Nassau Street. El sol había empezado a disolver la nieve y caminamos con cuidado por las veredas heladas. Iba a tener unos días libres para ambientarme, cualquier cosa que precisara no tenía más que avisarle. Las secretarias podían ocuparse de los detalles administrativos, los estudiantes estaban entusiasmados con mi curso. Esperaba que estuviera cómodo en mi oficina del tercer piso. Cuando nos despedíamos en la esquina frente al campus, me apoyó la mano en el brazo y me dijo con una sonrisa:

—En otoño estoy siempre caliente.

Me quedé seco, confundido. Y ella me miró con una expresión extraña, esperó un instante a que yo dijera algo y luego se alejó resueltamente. Tal vez no me había dicho lo que me pareció escuchar (*«In the fall I'm always hot»*), quizá me había dicho *En la caída soy siempre un halcón. Hot-hawks*, podría ser. Otoño quería decir semestre de otoño, pero recién empezaba el semestre de primavera. Claro que *hot* en slang podía querer decir *speed* y *fall* en el dialecto de Harlem era una temporada en la cárcel. El sentido prolifera si uno habla con una mujer en una lengua extranjera. Ése fue otro signo del desajuste que se iba a agravar en los días por venir. Suelo ponerme obsesivo con el lenguaje, resabios de mi formación, tengo un oído envenenado por la fonética de Trubetzkoy y siempre escucho más de lo debido, a veces me detengo en los anacolutos o en los sustantivos adjetivados y

pierdo el significado de las frases. Me sucede cuando estoy de viaje, cuando estoy sin dormir, cuando estoy borracho, y también cuando estoy enamorado. (¿O sería gramaticalmente más apropiado decir: me pasa cuando viajo, cuando estoy cansado y cuando me gusta una mujer?)

Pasé las semanas siguientes lleno de esas extrañas resonancias. El inglés me intranquilizaba, porque me equivoco con más frecuencia de lo que me gustaría y atribuyo a esos equívocos el sentido amenazador que las palabras a veces tienen para mí. *Down the street there are pizza huts to go to and the pavement is nice, bluish slate gray.* No podía pensar en inglés, inmediatamente empezaba a traducir. *En el fondo de la calle hay una pizzería y el asfalto (el pavimento) brilla agradable bajo la luz azulada.*

Mi vida exterior era apacible y monótona. Hacía las compras en el supermercado Davidson's, me preparaba la comida en casa o iba a comer al club de los profesores, frente a los jardines de Prospect House. Cada tanto subía al Toyota del profesor Hubert y salía a visitar los pueblos cercanos. Villorrios antiguos, con rastros de las batallas de la independencia o de la cruel guerra civil norteamericana. A veces caminaba por la orilla del Delaware, un canal que en el siglo XIX unía Filadelfia con Nueva York y era la principal vía de comercio. Lo habían cavado a pala los inmigrantes irlandeses y tenía un sistema de esclusas y diques muy complejo, pero ahora estaba fuera de servicio y se había convertido en un paseo arbolado, con

lujosas casas en las lomas que daban a las aguas quietas. Estaba helado en esa época del año y los chicos con camperones amarillos y gorras rojas volaban como pájaros con sus patines y sus trineos sobre la superficie transparente.

Una de mis ocupaciones era observar a mi vecina. Ella era la única imagen de paz en mis madrugadas solitarias. Una figura diminuta que cuidaba las flores de un pequeño jardín personal en medio de la tierra muerta. Desde mi cuarto en sombras, en el piso superior, la veía bajar al parque todas las mañanas, caminaba con pasitos cuidadosos por la nieve y luego levantaba la tela amarilla con la que protegía las flores de invernadero que cultivaba en un costado, al abrigo de un muro de piedra. Trataba de que los brotes pudieran superar las heladas y la falta de sol y el aire desolado del invierno. Les hablaba, creo, a las plantas, me llegaba un murmullo apacible en una lengua extraña, como una música suave y desconocida. A veces me parecía oírla silbar, es raro que las mujeres silben, pero una madrugada la escuché modular los *Cuadros de una exposición* de Mussorgsky. La realidad tiene música de fondo y en este caso la melodía rusa –bastante liviana– era muy adecuada al ambiente y a mi estado de ánimo.

### 3

Había leído varias veces a Hudson a lo largo de mi vida e incluso en el pasado había visitado la estan-

cia –Los Veinticinco Ombúes– donde él había nacido. Estaba cerca de mi casa en Adrogué, yo iba en bicicleta hasta el kilómetro 37 y entraba por la senda de tierra entre los árboles y llegaba hasta el rancho en medio del campo. Nos gusta la naturaleza cuando somos muy jóvenes y Hudson –como tantos escritores que transmiten esas emociones de la infancia– pareció seguir ahí toda su vida. Muchos años después, en 1918, enfermo durante seis semanas en una casa cerca del mar, en Inglaterra, tuvo una especie de larga epifanía que le permitió revivir con una claridad «milagrosa» sus tempranos días de felicidad en la pampa. Apoyado sobre las almohadas y provisto de un lápiz y un cartapacio, escribió sin detenerse, en un estado de afiebrada felicidad, *Allá lejos y hace tiempo*, su maravillosa autobiografía. Esa relación entre la enfermedad y el recuerdo tiene algo de la memoria involuntaria de Proust, pero, como el mismo Hudson aclaraba, «no era ese estado mental conocido por la mayoría de las personas, en que un color o un sonido, o, más frecuentemente, el perfume de alguna flor, asociados con nuestros primeros años, restauran el pasado súbita y tan vívidamente que casi es una ilusión». Se trataba más bien de una suerte de iluminación, como si volviera a estar ahí y pudiera ver con claridad los días que había vivido. La prosa que surgió de esos recuerdos es uno de los momentos más memorables de la literatura en lengua inglesa y también paradójicamente uno de los acontecimientos luminosos de la descolorida literatura argentina.

Quizá escribía así porque el inglés se le mezclaba

con el castellano de su infancia; en los originales de sus escritos aparecen a menudo dudas y errores que hacen ver la poca familiaridad de Hudson con el idioma en el que escribía. Uno de sus biógrafos recuerda que a veces se detenía para buscar una palabra que se le escapaba e inmediatamente recurría al español para sustituirla y seguir adelante. Como si la lengua de la infancia estuviera siempre cerca de su literatura y fuera un fondo donde persistían las voces perdidas. Escribía en inglés pero su sintaxis era española y conservaba los ritmos suaves de la oralidad desértica de las llanuras del Plata.

En 1846 los Hudson dejaron Los Veinticinco Omébúes y viajaron hasta Chascomús, donde su padre había arrendado una chacra. Las rutas eran casi intransitables en aquel entonces, y no es difícil imaginar la dificultad del viaje, que duró tres días. Se pusieron en marcha a la madrugada de un lunes en una carreta tirada por bueyes, siguiendo la pobre huella del sendero que iba hacia al sur. Bajo la lona viajaban los padres y los chicos y unas pocas cosas más porque la ropa y los perros y la vajilla y los libros iban en una barcaza por el río. El carro avanzaba lentamente con crujidos y vacilaciones por el medio del campo buscando el camino de las tropas. Una lámpara se balanceaba en la cruz de la carreta y enfrente no se veía más que la noche.

Salía de la biblioteca al caer la tarde y volvía caminando hasta casa por Nassau Street. Muchas veces me sentaba a comer en el Blue Point, un restaurante de pescado que estaba a medio camino. Había un men-

digo que paraba en la playa de estacionamiento del lugar. Tenía un cartel que decía: «Soy de Orión» y vestía un impermeable blanco abotonado hasta el cuello. De lejos parecía un enfermero o un científico en su laboratorio. A veces me detenía a conversar con él. Había escrito que era de Orión por si aparecía alguien que también fuera de Orión. Necesitaba compañía, pero no cualquier compañía. «Sólo personas de Orión, Monsieur», me dijo. Cree que soy francés y no lo he desmentido para no cambiar el curso de la conversación. Al rato se quedaba en silencio y después se recostaba en el alero y se dormía.

En casa ordenaba las notas que había tomado en la biblioteca y pasaba la noche trabajando. Me hacía un té, escuchaba la radio, trataba de que no llegara nunca la mañana.

Hudson recordaba con nostalgia el tiempo en que hizo vida de soldado en la Guardia Nacional y participó en los ejercicios militares y las maniobras de 1854 cerca del río Colorado en la Patagonia. «En el servicio militar aprendí mucho con la tropa sobre la vida del gaucho soldado, sin mujeres ni descanso, y aprendí de los indios a dormir tendido sobre el lomo del caballo.»

*A Crystal Age*, la novela de Hudson, recreaba esa áspera ilusión ascética en un mundo situado en un futuro lejano. «La pasión sexual es el pensamiento central de mi novela», decía Hudson en una carta, «la idea de que no habrá descanso ni paz perpetua, hasta que se haya extinguido esa furia. Podemos sostener que mejoramos moral y espiritualmente, pero encuentro que no

hay cambios, ni ninguna merma en la violencia de la furia sexual que nos aflige. Ardemos hoy con tanta intensidad como lo hacíamos hace diez mil años. Podemos esperar un tiempo en el que ya no existan los pobres, pero nunca veremos el fin de la prostitución.»

4

También yo vivía en un mundo transparente y, atraído por cierta catexis monacal, trataba de seguir una rutina fija aunque me sentía cada vez más alterado. Tenía pequeñas perturbaciones que me producían efectos extraños. No lograba dormir y en las noches de insomnio salía a caminar. El pueblo parecía deshabitado y yo me internaba en los barrios oscuros, como un espectro. Veía las casas en las tinieblas de la noche, los jardines abiertos; oía el rumor del viento entre los árboles y a veces escuchaba voces y sonidos oscuros. Incluso pensaba que esas noches blancas andando por las calles vacías eran en realidad sueños, y de hecho me despertaba a la mañana, agotado, sin estar seguro de no haber pasado la noche dando vueltas en la cama, sin dejar la habitación.

Salía de esos estados medio encandilado, como quien ha pasado demasiado tiempo mirando la luz de una lámpara. Me levantaba con una rara sensación de lucidez, recordaba vívidamente algunos detalles aislados —una cadena rota en la vereda, un pájaro muerto—. Era lo contrario de la amnesia: las imágenes estaban fijas con la nitidez de una fotografía.

Podía ser efecto de una pesadilla o podía ser efecto del insomnio, pero guardaba en secreto esos síntomas. Sólo mi médico en Buenos Aires sabía lo que estaba pasando y de hecho me había recomendado no viajar, pero yo me opuse, estaba seguro de que vivir en un campus aislado me iba a curar. No hay nada mejor que un pueblo tranquilo y arbolado.

—No hay nada peor —me interrumpió el doctor Ahrest, y me extendió una receta. Era un gran clínico y un hombre afable, siempre estaba sereno. Según Ahrest, yo padecía una extraña dolencia que él llamaba *cristalización arborescente*. Era un efecto del cansancio y del exceso de alcohol, como si de pronto sufriera pequeñas crisis de rememoración nerviosa. Tal vez era mi dolencia o tal vez la sensación de extravío que se agravaba en un sitio en el que ya había estado años antes y que recordaba vagamente.

Cuando me sentía muy encerrado me escapaba a Nueva York y pasaba un par de días en medio de la multitud de la ciudad, sin llamar a nadie, sin hacerme ver, visitando lugares anónimos y evitando el Central Park y los sitios muy abiertos. Encontré la cafetería Renzi's en MacDougall Street y me hice amigo del dueño, pero no supo decirme por qué el café tenía ese nombre. Paraba en Leo House, una residencia católica, atendida por monjas. Había sido un hospedaje para los familiares que visitaban a los enfermos de un hospital cercano, pero ahora era un pequeño hotel abierto al público donde tenían prioridad los sacerdotes y los seminaristas. Los veía a la hora del desayuno, célibes y ceremoniosos, riéndose de cualquier cosa

como los niños y leyendo con aire deliberadamente abstraído sus libros religiosos.

Salía de allí, como tantas veces en la noche de Buenos Aires, buscando una aventura. Daba vueltas por el Village o por Chelsea, recorriendo las calles heladas y mirando pasar a las chicas en sus grandes abrigos impermeables y sus botitas de caña alta. Estaba envejeciendo, había pasado los cincuenta años y empezaba a ser invisible para las mujeres. Por eso, tal vez, una tarde decidí llamar a Elizabeth Wustrin, que había publicado años atrás mis cuentos en su pequeña editorial. En mi primer viaje a Nueva York, tres años antes, habíamos dormido juntos alguna vez.

Era menuda y muy activa, de piel oscura, medio mulata, en realidad la había criado un matrimonio de inmigrantes alemanes porque su madre —que era negra (*afroamerican*, decía ella)— la había entregado en adopción. Nunca había visto a su madre y no tenía modo de conocerla porque la mujer había tomado todos los recaudos legales para no ser identificada. Al fin, Elizabeth había contratado a un detective para que la encontrara, pero cuando él la localizó en Saint Louis ella no se animó a ir a verla. La mujer se había cambiado el nombre, vivía en el centro de la ciudad, trabajaba en una revista de moda. Elizabeth no conoció a su madre, pero se hizo amiga del detective, y una tarde fuimos a visitarlo. Se llamaba Ralph Parker, de la Ace Agency, y vivía en un departamento cerca de Washington Square. Abajo, al entrar en el edificio, había un control en la puerta, un detector de metales, cámaras filmadoras. Parker nos estaba esperando al

salir del ascensor. Debía tener unos cuarenta años, anteojos oscuros, cara de zorro. Vivía en un ambiente de techos altos, casi vacío, con ventanales sobre la ciudad. Y cuatro computadoras puestas en círculo sobre un amplio escritorio, siempre encendidas, con archivos abiertos y varios *sites* activados. Fue la primera vez que vi un circuito de la web en internet con un buscador especial, el WebCrawler, que recién había aparecido. El navegador conectaba los archivos con los que Parker estaba relacionado y la información llegaba instantáneamente. Ya no salimos a la calle, los *private eyes*, dijo. Lo que se busca, está ahí. Una de las pantallas estaba conectada con un galpón en el muelle, y al mover el cursor se podía entrar en el edificio y ver a unos hombres sentados a una mesa y escuchar lo que decían. Parker apagó el sonido y dejó la imagen, que fluía como en un sueño. Los hombres reían y tomaban cerveza y en una de las tomas me pareció ver un arma. Tampoco hay ya detectives privados en sentido específico, dijo después, no hay nadie privado que investigue los crímenes. Eso funciona en el cine, en las series de televisión, pero no en la vida. El mundo verdadero es tenebroso, psicótico, corporativo, ilógico. Si estás solo, en la calle, durás dos días, sonrió Parker. Fumaba un *joint* tras otro y tomaba *ginger ale*. La Ace Agency era una organización de múltiples miembros asociados pero independientes. Trabajaban con informantes, con la policía, reclutaban drogadictos, putas, maricas, soldados, se infiltraban, actuaban en banda. Nadie conocía a los otros agentes, todos se conectaban por internet. Mejor no conocer personal-

mente a los que trabajan con uno, demasiadas malas personas en la profesión. *Private shit.*

Investigaba la muerte de tres soldados negros de un batallón de infantería en la Guerra del Golfo, con mayoría de oficiales y suboficiales texanos. Una agrupación de familiares de soldados afroamericanos lo había contratado para investigar. Estaba seguro de que habían sido asesinados. Racismo puro. Los mataron para divertirse. La agencia había contactado a varios soldados que seguían en Kuwait y ellos eran los que iban a develar el asunto. Yo sólo procesó la información, dijo. Si lograba probarlo, irían a los tribunales y les aportaría las pruebas a los abogados. Nos mostró la foto de un arenal con tres jóvenes soldados negros con ropa de combate en el desierto de Irak.

Luego fuimos a comer a un restaurante chino. Parker siguió en la línea de hacerme ver la verdad de su profesión. En 1846, se había abierto en Boston la primera agencia de detectives especializada en el espionaje industrial y en el control de los obreros en huelga. («El seguimiento de un individuo en todo momento y a todas partes para intimidarlo, y la vigilancia encubierta de las incipientes organizaciones sindicales figuraban entre sus actividades habituales.») Parker cultivaba una especie de cinismo romántico, como si él fuera el único que había descubierto que el mundo era un pantano inhóspito. La luz en esa oscuridad parecía ser Marion, su ex mujer, que lo había dejado de un día para otro y a la que trataba de reconquistar sin éxito. La muchacha trabajaba en una librería y cuando Parker supo que yo era escritor (o

que había sido escritor) insistió en que fuéramos a verla y la llamó por teléfono, caminando de un lado a otro del restaurante chino para avisarle que íbamos para allá y que tenía que conocerme, sin falta, porque yo había sido muy amigo de Borges. Fuimos al local de Labyrinth, en la calle 110 arriba, en el barrio de la Columbia University. Efectivamente la librería tenía una frase de Borges sobre los laberintos grabada en la pared de la entrada, pero ninguno de sus libros en los estantes. La muchacha era muy atractiva, una pelirroja alta y tranquila, que hablaba de Parker como si él no estuviera ahí. Habían vivido juntos unos meses pero ella lo había dejado porque la tenía harta con sus celos y sus desplantes, y ahora Parker la estaba haciendo seguir por uno de sus esbirros y se había enterado de que estaba saliendo con un hombre casado. Parker se movía continuamente y la interrumpía tratando de convencerla de que viniera con nosotros a tomar una copa al Algonquin, pero ella se negó con argumentos precisos y extremo cuidado, como si tuviera que convencer a un loco recién salido del manicomio. Al fin Elizabeth y yo nos fuimos y Parker se quedó hojeando libros, seguramente esperando que la chica terminara su jornada.

Era muy buen detective, según Elizabeth, pero su vida personal era un caos, sabía demasiado de todo el mundo como para no estar atacado de celos y de desconfianza generalizada. Me dio la sensación de que también ella había tenido una historia con el detective y que también ella había sido investigada por él. El otro problema, dijo como si me hubiera leído el pen-

samiento, es que va siempre armado y es bastante violento. La acompañé hasta su departamento y, aunque ella me insistió, no quise quedarme y fui a la terminal de Port Authority a tomar un ómnibus que atravesaba New Jersey y me dejaba en el pueblo.

Llegué pasada la medianoche, todo estaba desierto y oscuro, sólo los autos estacionados daban la sensación de que el lugar no estaba deshabitado. Encontré correspondencia en el buzón, pero nada importante, facturas sin pagar, folletos de publicidad. Cuando estaba por entrar en casa vi a mi vecina que salía del laundry donde había ido a lavar ropa. Tampoco ella podía dormir de noche, me dijo, como si pensara que yo había salido a caminar para vencer el insomnio. Hablaba inglés con un leve acento europeo y me contó que era rusa, profesora jubilada de literaturas eslavas, su marido había muerto dos años antes. Cuando quisiera podía ir a su casa a tomar un té y a charlar. Era una mujer mayor, pequeña, ágil, enérgica; tenía facciones finas, y unos ojos claros, muy penetrantes. Una de esas mujeres hermosas a cualquier edad, con un aire de malicia que los años no borran. Hablaba con tanta vivacidad y tanta gracia que no parecía una anciana de verdad; más bien tenía el aspecto de una actriz que estuviera representando el papel de una dama ya entrada en años. («Las mujeres de mi edad no envejecen, querido, sólo enloquecen», me dijo un día.)